

El piélago parece  
una enorme esmeralda cristalina,  
y un gran loto la cúpula del cielo,  
cuya nivea corola se estremece  
a los besos de Indra. Cubre el suelo,  
desde el limpio zenit, el sol glorioso  
con su manto de regia pedrería,  
y, en extraña y solemne melodía,  
las aves el enlace venturoso  
celebran de la virgen pudibunda  
con el astro que todo lo fecunda...

Mas de pronto iluminanse los montes,  
se obscurece la atmósfera serena  
y se nublan entreambos horizontes.  
Un colérico grito  
los ámbitos atruena,  
y parece el volcán, aprisionado  
en las moles ingentes de granito,  
el protervo Encelado,  
que sacude rabioso la cadena  
y levanta la frente al infinito.

Un penacho magnífico tremola  
en el cráter hirviente  
y baja con estruendo, ola tras ola,  
la de lava flamígera corriente.

Las rocas, conmovidas en sus quicios,  
se desprenden de pronto de lo alto,  
y van, de salto en salto,  
a romperse en los negros precipicios.

Se rasga un breve instante  
de la cumbre irritada el denso velo,  
y en un halo de llamas fulgurante  
un enorme condor levanta el vuelo.

Tiembla el orbe en sus ejes de diamante  
y el fragor del horrendo terremoto  
repercute en el piélago remoto,  
en tanto que en las cóncavas entrañas  
de las agrias montañas,  
al compás de estridentes huracanes,  
elevan a los cielos asordados  
el himno de sus truenos cien volcanes.

Arde y cruje el celeste fundamento  
y, ante el coro de dioses espantados,  
deja Apolo el dulcísimo instrumento:  
cual centella voraz el éter hiende,  
y al través de la eclíptica desciende  
con las flechas de bronce enherboladas.  
Rueda el trueno de guerra a sus pisadas,  
se derrumban los riscos ciento a ciento,  
desgréñanse las nubes, calla el viento...  
y la lluvia en arroyos diluvianos  
descarga sobre montes y altozanos.

En las quiebras del alto Tunguragua  
se estrella y rompe el agua,  
corre luego entre riscos quebrantada,  
y al llegar como tromba estrepitosa  
a un abismo, retumba despediada,  
rebotando en la falda rocallosa  
como el eco de ronca carcajada.



## Heroica Nox

Es de noche. Parecen los volcanes  
legiones de coléricos titanes  
con sus cascos de plata refulgentes  
y flamíferas lanzas y pendones,  
que galopan soberbios, imponentes,  
hostigando sin tregua a sus bridones  
con la voz, el azote, y las espuelas,  
en tumulto fantástico, tremendo,  
al clangor de las trompas y al estruendo  
de las cotas, estribos y rodelas.

Como buitres hambrientos cuyo instinto  
les revela una próxima matanza,  
—pues al campo otra vez, de sangre tinto,  
de los dioses eternos la venganza  
los hizo descender, y la locura  
de los hombres conocen—tal, graznando,  
abandonan las nubes en obscura

muchedumbre los polos, y volando  
en torno de los picos arrogantes,  
aumentan el horror y la hermosura  
de la hueste de intrépidos gigantes,  
que, soltando la rienda a sus caballos,  
las picas centellantes  
arrojan a los númenes, se inclinan,  
y a los muros celestes se avencinan  
a la luz de relámpagos y rayos.

Cual cóncavo broquel a un tiempo herido  
por millares de flechas y lanzones,  
retumba el almo cielo, sacudido  
por el bronco bramido,  
de tantos esforzados campeones.

Oye Marte el estruendo belicoso  
y, embrazando la égida espantable,  
do se quiebra el lanzón más poderoso  
cual si fuera de vidrio impetuoso  
desciende a la indomable  
crestería. En su yelmo impenetrable  
relucen los mortíferos dragones  
de ojos de esmeralda  
y en gallardo desorden a su espalda  
revuela el áurea crin. A sus legiones  
convoca a la pelea  
e impaciente golpea  
con el pie los preñados nubarrones,  
cuyas rojas entrañas, al abrirse  
en torno de la cúspide bravía,  
un infierno vomitan de metralla,  
cual revienta traidora artillería  
entre el humo y fragor de la batalla.

Con agudos peñascos que cien yuntas  
de bueyes corpulentos, noche y día  
no arrastraran, tirando siempre juntas,  
responde la iracunda crestería,  
y al clamor que la atmósfera ensordece,  
el Tonante en su trono palidece.

Los vientos, en legión desordenada,  
ocupan los baluartes derruidos,

bramando, como búfalos perdidos  
que buscan en la sombra su manada.

Tal parece que Alcides, irritado,  
golpea con su porra  
los muros de la erébrica mazmorra  
donde gime Teseo sepultado.

Ve Mavorte el estrago, y con su espada  
trunca cerros, baluartes desmorona,  
y la frente soberbia, no domada,  
se transforma en peñón a la mirada  
de la horrenda cabeza de Gorgona,  
que relumbra en la égida temida,  
por el mismo Plutón aborrecida.

Las rebeldes escuadras al embate  
atroz se descoyuntan; mas la ira  
enardece al titán que se retira  
y le vuelve frenético al combate.

Como mira enriscado el campesino,  
en noche muy oscura,  
a lo lejos brillar en la llanura  
los fuegos del ejército vecino,  
tal contempla el Saturnio, deslumbrado,  
refulgir, cual mecidas por el viento,  
en el negro horizonte constelado  
las luces del celeste campamento.

Truena entonces, y al bélico estampido  
se mueven las cohortes celestiales,  
cadenciosas, impávidas, iguales,  
como un cuerpo de ejército lucido  
en día de parada;  
muchedumbre sublime, abigarrada,  
en carrozas de bronce y de brillantes  
o en fogosos corceles,  
con sus áureos penachos tremolantes  
y banderas y lanzas y broqueles;  
horrible ostentación, funesto alarde  
del monstruo de la guerra,  
que desciende a la tierra  
con la turba carnívora y cobarde

que amamanta en los senos cavernosos  
del Erebo, la Cólera sañuda  
con sus pechos de tigre venenosos,  
sanguinaria, epiléptica, desnuda,  
sobre duros peñascos recostada  
y de huesos roídos circundada.

Las férreas armaduras  
se entrechocan y saltan las espadas,  
los paveses, los frenos y monturas,  
y aun cubiertos de sangre hasta la gola,  
no cejan los ardidos campeones  
en la rabia brutal que los inmola;  
no hay tregua, no hay piedad; el hierro estalla  
y sigue el estridor de la batalla.

Ruge el mar a los pies de los bridones  
y se encrespan batiendo los peñascos,  
que relumbran y vibran como cascos  
y se cubren magníficos de espumas,  
y parece que un hacha centellante  
desciende entre las brumas  
del Empíreo, y se clava resonante  
en un férreo morrión, que con sus plumas  
vela el rostro de un héroe agonizante . . . .

Como arroyos de sangre de la cota  
abierta en varios sitios por la espada  
o el agudo lanzón, el agua brota  
de los pétreos costados  
de los montes en férvidos torrentes,  
que bajan por las ásperas pendientes  
en cascadas de espumas destrenzados.

Así un potro salvaje de la brida  
y del triste jinete libertado,  
va por sendas abruptas alocado;  
salta cercas y fosos, y, a escondida  
barranca por su impulso arrebatado,  
se despeña, tendiendo en la caída  
la blanquísima cola, y así mismo,  
como hierve la espuma en el abismo,  
se contempla después la crin hermosa  
sobre el cuello del potro alborotada,  
que yace moribundo en la hondonada.

Una mezcla confusa de estertores,  
alaridos y vítores se escucha:  
poco a poco el estruendo de la lucha  
se aleja, y en sus carros voladores  
huye, a impulsos del miedo, aquel brillante  
ejército de dioses que cubría  
cielo y tierra, y el numen arrogante  
que afanoso sus filas recorría,  
también huye, abatido y sin aliento,  
a esconder su vergüenza al firmamento.

Y siguen, tremolando sus pendones,  
al sonoro trotar de sus bridones,  
los furiosos titanes, suelta al viento  
la erizada melena de centellas,  
y pasan vencedores,  
coronados de lóbregos vapores,  
implacables y activos,  
persiguiendo a los dioses fugitivos,  
bajo el arco triunfal de las estrellas.



## Gloria

Deja el Sol su palacio cristalino,  
calla Eolo, depone su tridente  
Neptuno, y a su alcázar submarino,  
en su carro de concha, muellemente  
regresa con sus mágicos tritones,  
y le siguen, preceden y rodean,  
en vistosos y alegres escuadrones,  
hipocampos, nereidas y delfines.  
En las cumbres flamean  
los sangrientos pendones  
de la hueste triunfal. Los paladines,  
en torno de sus armas agrupados,  
contemplan extasiados  
al mar, que por besarlos, abandona  
sus grutas de coral y sus jardines  
de juncos, y amontona  
sus crespas oleadas,  
desnudas bayaderas

que aparecen de súbito enlazadas  
y, en honor de los héroes, placenteras  
enarcan palpitantes  
los cuerpos gallardísimos: entornan  
los ojos verdinegros y vibrantes,  
danzan, ríen, aléjanse, retornan,  
languidecen, se abaten plañideras,  
se columpian al viento como flores,  
y, arrastrando las niveas cabelleras  
a los pies de los fieros vencedores,  
les brindan amorosas,  
cual premio a su bravura,  
el vaso del placer y la locura  
en un nido de perlas y de rosas... (1)



## Ande excelso

Ande excelso, perdona mi osadía.  
¿Qué humana inspiración pudo abarcarte  
y en estrechas estrofas encerrarte?  
¿En qué idioma podría  
descubrir la hermosura de tus cumbres,  
coronadas de nieve sempiterna,  
que, del sol a los últimos fulgores,  
parecen con sus clámides de plata  
y sus yelmos de oro,  
una alegre y vistosa cabalgata  
de reyes y de príncipes en coro?

¡Oh, si el verbo valiente,  
Pegaso refulgente,  
me llevara en un vuelo impetuoso  
sobre Sirio y Orión, donde Perseo  
ostenta como un fúnebre trofeo  
la espantosa cabeza de Medusa,  
entonce el instrumento melodioso  
de la célica Musa,

(1) Según la mitología india, las bayaderas son hijas del mar. Entreteníase un deva o dios en golpear las aguas, cuando surgieron ellas de la espuma formada por los golpes, e inmediatamente pusieron a danzar sobre las olas.

como Homero o Hesiodo pulsara,  
 el cielo enajenado me escuchara,  
 y grande entre los grandes,  
 digno fuera mi canto de los Andes...!

Aquí miro terrazas glaciales,  
 graderías de pórfido y basalto,  
 columnas esmaltadas de cobalto,  
 construcciones lacustres, tenebrosas  
 cavernas sepulcrales,  
 donde aún vagan las sombras pavorosas  
 de aquellos paquidermos colosales,  
 abortos de la Tierra, condenada  
 entonces a partir su virgen lecho  
 con Plutón, en el Tártaro encerrada;  
 y un monte de una giba, contrahecho,  
 semejante a un enorme dromerario...  
 allá, lagos solemnes, adormidos  
 al amor de un gigante milenario,  
 que los cela con ojos encendidos  
 y de cuyos acuáticos penciles,  
 grandes islas, cual dorsos de ballena  
 o monstruosos reptiles,  
 emergen con su obscena  
 e hidrópica verdura;  
 acullá, de bambús se extiende huraña  
 una selva, y domina la espesura  
 el añoso ciprés de la montaña.

A lo lejos, se ven los Penitentes, (1)  
 envueltos en sus mantos  
 de purísima nieve, en los que arde  
 la postrer llamarada de la tarde,  
 y en el hondo misterio del crepúsculo,  
 un vago rumor zumba,  
 lo repiten los montes, crece y llena  
 los ámbitos del cielo, que resuena  
 como un templo sonoro,  
 y es un himno que brota de la tumba  
 a los sonos del Angelus, un coro

(1) El efecto del sol sobre la nieve de las alturas es tal, que causa la ilusión de una multitud de monjes arrodillados, envueltos en sus ropajes místicos. En Chile, esta curiosa formación de los **glaciaríos** en los flancos del Aconcagua, es conocida con el nombre de **Los Penitentes**.

de monjes prosternados,  
que imploran el perdón de los pecados...

Como una enorme lámina de oro,  
el gran lago Argentino  
a los rayos postreros resplandece  
del luminar divino  
que en un lecho de púrpura fenece.  
Más allá se vislumbra, entre vapores  
que turban la mirada,  
la soberbia corriente despeñada  
del férvido Iguazú, y este paisaje  
que deslumbra, confunde y anonada,  
rebelde a la paleta y al lenguaje,  
infunde en el espíritu del hombre  
religioso temor, y el dulce nombre  
de Dios brota del pecho enternecido  
de horror y admiración a un tiempo herido. (1)

Se mezclan y abigarran en mi mente  
mil visiones de encanto y de pavor:  
ya me intrinco en edénica espesura;  
ya desciendo a caverna incandescente;  
ya vagando en las márgenes fragosas  
del risueño Ucayal, en sus bruñidos  
cristales reflejadas  
contemplo las colinas primorosas,  
mansiones voluptuosas  
de genios y de hadas . . .  
ya escalando las sierras desoladas,  
al no ver más que yermos por doquiera,  
espeluncas, barrancos, promontorios,  
ni un arbusto, ni un pájaro siquiera,  
sino filas de dólmenes mortuorios,  
mausoleos de hielo refulgente  
y mortajas cinéreas; imagino  
que, del mundo, infeliz superviviente,  
es llorar sus grandezas mi destino.

(1) Las cataratas del Iguazú pueden ser consideradas como las mayores del mundo, pues en extensión y altura superan a las del Niágara.

## Invocación

Atalaya del cielo,  
 magnífico Irazú, Misti luctuoso  
 a do en vano el condor remonta el vuelo,  
 abrupto Puracé, Fuego impetuoso,  
 Mombacho aterrador, Lanín temido;  
 Otelo de Managua,  
 Momotombo traidor, aborrecido:  
 excelso Tunguragua;  
 Ilopango furioso,  
 en el lecho volcánico nacido  
 de azufrada laguna, ignominioso  
 aborto de una ninfa,  
 que alegre y sin cuidado se bañaba,  
 cuando un monstruo infernal que la acechaba  
 entre el cieno y los juncos de la linfa,  
 estrechóla en sus brazos lujurioso; <sup>(1)</sup>  
 Izalco rugidor, que en la serena  
 noche de encantos y misterios llena,  
 pareces un gigante que vigila  
 el mar con su flamígera pupila; <sup>(2)</sup>  
 ignívomo Imbabura;  
 Poás de airada lumbre,  
 que muestras, con hipócrita dulzura  
 una perla en la cumbre; <sup>(3)</sup>  
 Cotopaxi sombrío,  
 ronco clarín de la feroz mesnada,  
 que, curvando su línea dilatada,  
 rinde homenaje al Aconcagua frío . . .  
 ¡Oh, soberbios volcanes! ¡oh, imponentes  
 ministros de Plutón, a cuyo embate  
 nuestro orgullo satánico se abate  
 y tiemblan de pavor los continentes!  
 Cuando os veo radiantes de hermosura  
 sobre el ponto reinar y la llanura,

(1) El volcán Ilopango, uno de los más famosos de la América Central, surgió, mediados del siglo pasado, en el centro de la laguna del mismo nombre.

(2) Una inmensa columna de humo, durante el día, y una corona de llamas durante la noche, revelan al navegante la presencia de este volcán salvadoreño, conocido vulgarmente como *El Faro de la América Central*.

(3) El volcán Poás, que se levanta en la República de Costa Rica, tiene una pequeña aguna en el cráter.

y respiro la brisa deliciosa  
 que juega en vuestras faldas rumorosa;  
 cuando en vuestros regazos de verdura  
 contemplo recostada  
 la ciudad de los númenes amada,  
 o el villorio feliz . . . un pensamiento  
 cruza mi alma, espantoso, a la manera  
 que un ave carnífera  
 el purísimo azul del firmamento.  
 Una horrible visión, más pavorosa  
 que el incendio de Troya la famosa,  
 aparece a mis ojos,  
 y es un cuadro de muerte, iluminado  
 por el disco de bronce de la Luna.

Lo mismo el regio alcázar, sustentado  
 en cimientos de mármol, como una  
 fanfarria del poder y la fortuna,  
 que la humilde cabaña del labriego,  
 ¡ay, son ruinas, despojos,  
 donde agita sus flámulas el fuego!

Voz de miedo, brotando gemebunda  
 de la tierra agrietada  
 y de sangre y de lágrimas bañada,  
 de zona en zona cunda.  
 Ella cuente el dolor de Costa Rica  
 cuando muerta a sus pies cayó Cartago;  
 la espantosa catástrofe de Arica  
 y de cien poblaciones el estrago . . .

¡Oh, volcanes, señores de la Tierra,  
 compasión para el mísero que duerme  
 tranquilo a vuestros pies o vela inerme  
 entre el ponto famélico y la sierra!  
 ¡Compasión para México la hermosa  
 que ya viste la púrpura preciosa  
 con que ha siglos la vieron las naciones  
 —madre altiva de indómitos leones—  
 en su trono dorado,  
 por cien reyes y pueblos sustentado!  
 ¡Compasión para aquella soberana  
 Stambul de Occidente,  
 favorita del mar, núbil sultana  
 que se asoma a su Bósforo luciente



y sonríe al tritón enamorado  
de argentífera espalda, que, por verla,  
al Atlante asciende, y, abrasado  
en vivísimo afán de poseerla,  
la ciñe, y, al ceñirla, transformados  
él, en río se mira, y, ella, en perla!  
¡Compasión para todas las ondinas  
que Colón, el vidente,  
engendró con sus lágrimas divinas,  
cuando un César estúpido o demente  
aherrojóle ante el mundo que le viera  
arribar en su nao triunfadora,  
hermoso y refulgente  
como el Sol en mitad de su carrera,  
y mirábale agora  
de sus galas e insignias despojado  
y de infames cadenas recargado.

Mas . . . ¿qué voz poderosa,  
en las alas del viento resonando,  
a la mía responde y fragorosa  
va las olas del mar alborotando?  
¡Cuán sublime las Pléyades atruena,  
en los aires palpita  
y en el trono de Dios tal vez resuena  
a través de la bóveda infinita!  
¡Cotopaxi, bocina del Averno,  
habla, rugel! ¡La voz de tu garganta  
de piedra no me espanta!  
¡Polvo soy bajo el carro del Eterno! . . .



## La amenaza del cíclope

Yo soy el Cotopaxi. Mi cumbre se levanta  
al pórtico estrellado del templo de Jehová:  
en el profundo Infierno estribase mi planta;  
me arrulla con sus himnos monótonos el mar.

¡Abyecta muchedumbre de esclavos y señores,  
hormigas y gusanos en negra confusión,  
oid, dolientes parias; oid, emperadores,  
mi acento tremebundo, mi cántico de horror!

¡Cual yo, sobre la tierra se yerguen mil volcanes;  
mil bocas ignescentes os hablan como yo;  
aullando me responden doquier los huracanes  
y estalla a mis retumbos la cólera de Dios!

He visto sucederse los siglos y naciones,  
cual olas plañideras que riza el vendaval.  
Cual hórridas tormentas pasar vi las legiones  
de Aníbal y de Jerges, de Atila y Tamerlán.

Y luego en remolinos de púrpura y de plata,  
vi a César y a Pompeyo, a Claudio y a Nerón,  
y en pos de Carlos Quinto lucida cabalgata  
de reyes y princesas, satélites del sol;

los ebrios senadores, las pálidas bacantes,  
los rápidos corceles del Rhin y del Ural;  
los hijos del desierto, ceñudos, galopantes,  
la corva cimitarra blandiendo sin cesar;

y papas y guerreros e infames concubinas  
manchando la cogulla, el trono y el altar;  
Cleopatras y Popeas, Frinés y Mesalinas,  
mancebas de tiranos, huris de lupanar . . .

Más cerca vi salvajes con pífanos y cañas,  
desnudos y borrachos, danzar en derredor  
de piedras repugnantes, do abiertas las entrañas  
hirvientes de coraje de un bárbaro feroz,

rociaba el sacerdote de sangre al idolillo  
y erguíase brindando después al rojo Sol,  
en la tremenda punta de su infernal cuchillo,  
el bravo y palpitante, rabioso corazón.

Recuerdo todavía los báquicos festines  
de un pueblo que hoy reposa en tumbas de coral . . .  
Dragones y medusas guardaban los jardines  
do en líbricos espasmos reía el viejo Pan;

ciudades voluptuosas dormían descuidadas  
en lechos infecundos el sueño del placer,  
en tanto que las olas del mar alborotadas,  
escombros apilando, rompían a sus pies;

magnates, prostitutas, juglares y mendigos  
rodaban abrazados con júbilo bestial,  
y al són de liras y arpas, los cráneos enemigos  
volvían cien esclavos de néctar a llenar.

De pronto en las alturas la ronca y penetrante  
trompeta del Eterno fatídica sonó,  
y el eco en las entrañas del mundo agonizante  
el alto mandamiento tronando repitió.

Le oyeron los volcanes; sus hórridas melenas  
cresparon cual leones; el Tártaro bramó;  
irguióse el viejo Chaos, rompiendo sus cadenas,  
y en una sola noche la Atlántida se hundió.

Aun vibra en mis cabernas el lúgubre alarido  
de aquella cortesana que hoy duerme bajo el mar.  
Sus templos y jardines de monstruos hoy son nido  
y en torno de su tumba rebrama Leviatán.

Talvez en los palacios de mármol y alabastro,  
en donde resonaron los himnos del amor,  
un monstruo herido deja su venenoso rastro  
o avanza un repugnante, innoble caracol. . .

¿Dó están las de Gomorra mansiones deslumbrantes,  
las bíblicas riquezas de Nínive y Salem?  
¿Dó están, oh Babilonia!, tus muros arrogantes,  
tus mágicos vergeles, tu gloria, tu poder...?

Pasaron con sus danzas y alegre vocerío  
Kefrén y Mikerinus, Semírame y Sargún;  
pasaron como espumas efímeras del río,  
cual líbicas arenas al soplo del simún.

Columnas y obeliscos pregonan su mancilla,  
su vanidad la tumba gigante de Keops,  
y mudos se contemplan en una y otra orilla  
sus túmulos violados y el roto Partenón.

Aquí existieron—dicen—Ellora y Ecbatana,  
Heliópolis y Menfis, Ilión y Khorsabad;  
y el arco de la estrella dirá talvez mañana:  
¡De un domador de reyes aquí fue la ciudad!

¿No somos los volcanes, oh pueblos!, las trompetas  
que un día resonaron al pie de Jericó?  
¿No somos los clarines que anuncian los Profetas  
para el supremo instante de lágrimas y horror?

¡Cuál tiemblan las hetairas, las vírgenes obscenas  
del Ande, a los sonoros retumbos del volcán,  
y saltan de sus lechos de lirios y azucenas,  
cual tímidas palomas que espanta el gavilán!

¡Recuerda, Nuevo Mundo, la suerte de Herculano  
y el fin de los atlantes que el cielo decretó;  
contempla en esa fosa que cubre el oceano  
tu ayer y tu mañana, tu gloria y tu baldón!

¡Humanos maldicientes, señores de mentira!  
¿qué sois vosotros todos delante de un volcán?  
¿Podéis romper mis hornos? ¿podéis domar mi ira,  
ponerme una mordaza, o el ponto encadenar?

¡Sabed que vuestras galas son flores voluptuosas,  
nacidas en los bordes de un cráter infernal;  
que torres, muros, puentes y estancias suntuosas  
descansan en un roto y endeble pedestal!

¡Sabed que existe y vela Plutón el tormentoso!  
¡que un mar de bravas hondas se agita a vuestros pies!  
¡que apenas os separa del Tártaro espantoso  
una corteza frágil que puedo yo romper!

Nosotros obra somos del genio Omniponte  
que sobre las miserias mundanas nos alzó  
para decirte, hombre, que hay un abismo ardiente  
do pueden sumergirse tu orgullo y tu ambición;

que son, mortal indigno, tus glorias y tesoros,  
tus gritos de coraje, tus cánticos de amor,  
tus risas y tus preces, tus crímenes y lloros,  
tus tálamos de rosas, tus lechos de dolor,

un juego de gusanos, un carnaval inmundo,  
sobre la faz inmóvil, de un bárbaro titán,  
que duerme bajo el Ande con sueño muy profundo,  
que duerme...mas...¡silencio!...¡que puede despertar!

## Visión de Amor

¡Oh, gigante, tu voz atronadora  
de sagrado pavor inunda mi alma!  
¡Depón el ceño adusto, vengadora  
deidad! ¡Refrena, calma  
el volcán de tus iras, y la tea  
en el ponto sepulta abrasadora,  
que en tus manos fatídicas humeal

. . . Mas . . . ¿qué suave fulgor los montes llena  
que de pronto mi espíritu enajena  
y a otros campos y cumbres le arrebatá?  
¿Qué apacible semblante se dibuja  
en medio de una auréola de plata  
que al brillo de los astros sobrepuja?  
¿Es tu rostro, Señor? ¿Es tu sonrisa  
esa luz que en las sombras se divisa?  
¡Oh, Señor, eres tú! ¡Cuál te presiente  
mi pecho palpitando ledamente!  
Aquí estás. No es el Gólgota esa cumbre  
do se posa amantísima tu planta,  
ni en medio de una inicua muchedumbre  
la cruz de tu martirio se levanta!  
¿Qué puede amedrentar al que te adora  
y se baña en tu luz, mortal divino?  
¡Este mundo mezquino,  
gemelo de la Atlántida, sucumba,  
y los peces congrégúense en su tumbal  
Tú, Señor, en tu barca redentora  
en do, eterno fanal, un astro brilla,  
sacarás nuestras almas a la orilla.  
De pie, sobre los Andes, ¡cuán hermoso  
te miro apaciguando  
la cólera celeste y refrenando  
el mar de las pasiones borrascoso. (1)

(1) La estatua del Cristo, que marca la línea divisoria de Chile y La Argentina, a una altura de más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, fué elevada por estas dos Repúblicas, en conmemoración del fraternal arreglo de la vieja y enojosa cuestión de límites, que durante

“¡Glorial ¡Glorial!” cantemos, criaturas,  
¡Glorial el mundo repita alborozado,  
y al solemne clamor de lo creado,  
¡Glorial ¡Glorial resuene en las alturas.

---

un cuarto de siglo amenazó la tranquilidad de esa privilegiada porción de nuestra América; pues, de un instante a otro, se temía que estallase una espantosa guerra, evento para el que ambas naciones se venían preparando desde largos años. En el pedestal hay una significativa leyenda, concebida en estos o parecidos términos: “Primero se reducirán a polvo estas montañas, que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo.”





## A Costa Rica

(En la ausencia)

¡Oh, de amor y virtud eterna fuente,  
noble patria, santuario de mi vida!  
de otro mundo en la fèrvida corriente,  
—ave al fin en los trópicos nacida,—  
canta, pensando en ti, con voz doliente  
la nostálgica musa que no olvida  
que juró, ante el altar de la conciencia,  
consagrar a tu dicha su existencia.

¡Oh, mi patria, qué alegre, qué contento,  
a tus campos de gloria tornaríal  
¡Con qué dulce y profundo sentimiento  
a ti regresaría...  
A ti vuela mi loco pensamiento,  
a ti va, como una ave, el alma mía,  
buscando aquellos montes y vergeles  
matizados de aromas y claveles;

Aquellos naranjales  
que aroman el ambiente,  
los en Mayo floridos cafetales  
que festonan el llano y la pendiente,  
de perfumes variados manantiales,  
y aquellos que sazona el sol ardiente  
riquísimos bananos, frutos de oro,  
de las costas atlánticas tesoro.

¡Oh, playas y colinas hechiceras,  
paraíso que Milton no cantó,  
donde mi alma, soñando sus quimeras,  
jamás nublado el horizonte vio;  
encantadas riberas  
por donde ha poco, delirante yo,  
con mi lira entre flores paseaba  
y náyades y ondinas evocabal



¡Oh, patria, patria mía, princesita  
del Ande primorosa!  
poética nación tan pequeñita  
que parece una lágrima preciosa  
del sol, o de una estrella que palpita,  
cual rocío en el cáliz de una rosa;  
*Benjamina* de América, modelo  
del primitivo Edén, copia del Cielo;

Alhambra natural cuyos primores,  
anchos ríos y límpidos torrentes  
cantan con dulce voz entre las flores;  
prodigio arquitectónico en lucientes  
jardines levantado a los amores  
que en tus salas revuelan inocentes,  
semejas, cuando el sol las cumbres dora,  
el risueño palacio de la Aurora!

Aguija tus corceles, fantasía,  
que nunca tu mágica pintura  
podrá, en un prodigio de armonía,  
superar en tus lienzos a natura.  
Aquellos que la dulce poesía  
fingió, como modelos de hermosura,  
chípreos campos y eliseos encantados,  
son doquiera, y por todo, superados.

Los sueños de Mahomet, las orientales  
mansiones adornadas a porfía  
de marmóreas columnas y metales  
salpicados de regia pedrería;  
y aquellos de oro y jaspe celestiales  
alcázares do en ánforas hervía  
el néctar delicioso  
como elixir de vida misterioso;

Do en alcobas y baños lisonjeros  
impregnaban de esencias el ambiente  
de bien labrada plata pebeteros;  
y do en lecho de flores dulcemente  
mostraban sus contornos hechiceros  
al mortal las huries en la ardiente  
explosión de la vida, tu belleza  
no superan, ¡oh, gran naturaleza!

¡Oh, patria, noble patria!, en tus jardines  
de nuevo me verás con mis ensueños  
y mi frente ceñida de jazmines.  
En tus campos sin césares ni dueños,  
Walhallas sin Odines;  
y en tus montes risueños,  
donde todo es verdad y no mentira,  
libre como antes vibrará mi lira.

Yo he de volver a ti, y en las riberas  
de tus mares y ríos inspirado,  
al pie de las palmeras  
en los dulces arpegios encantado  
de las aves del trópico parleras,  
cantaré como aún no se ha cantado,  
y en tus piedras y troncos esculpida  
durará mi canción más que mi vida.

Madrid, mayo de 1905



## Otelo y Desdémona

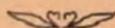
Ante el mar, en la cúspide atrevida,  
rodeada de muros la cintura,  
eterno vigilante de la altura,  
Montjuich contempla a la ciudad dormida.

Tal Otelo en su vértigo homicida,  
hosca, horrenda, fatídica figura,  
contempla con amor, rabia y locura,  
en el lecho a Desdémona tendida.

¡Si pudiera matarla con un beso! . . .  
Y, en tanto que Desdémona sonriente  
los brazos tiende y con amor le mira,  
él la besa frenético en la frente  
y, temblando de rabia y de embeleso,  
la ciñe, estruja . . . y la infeliz espira.

Y a ti, Montjuich, cuando amenace tu ira  
a la bella ciudad, ¿habré de verte  
negar el beso; pero nó la muerte?

Barcelona, 1904



## La musa americana

Composición leída en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, Homenaje a Cervantes en el III centenario de la publicación del Quijote.

Vedla; viene del trópico, ¡Españoles!  
¿no oís rumor de alas  
y cánticos de gloria en las alturas?  
¿No veis en lontananza  
riquísima carroza de oro y perlas,  
rubies y esmeraldas,  
trono aéreo que viene de occidente,  
entre nubes de ópalo y de grana,  
arrastrado por blancos palafrenes?  
Abanicos de palma  
y rosas y laureles y jazmines  
le empavesan, y ondulan, desplegadas  
al viento, banderolas  
y enseñas de oro, de zafir y gualda.  
Con el ronco estridor de sus trompetas  
por doquiera proclaman  
el paso de la hija de los Andes  
los ligeros heraldos de la Fama,  
y olímpias potestades, en sus carros  
de concha reclinadas,  
alegres se aproximan aguijando  
el vuelo de sus águilas.  
Mirad entre laureles y banderas  
a la musa gentil de sangre indiana,  
la negra cabellera al vago viento  
como bruma en la aurora destrenzada,  
una lira al alcance de la mano,  
condores y quetzales a las plantas,  
claveles y jazmines en el pecho  
y puntos de oro en la flotante falda.  
Es morena y ardiente: ¡Es española!  
El día en que Colón pisó las playas  
del nuevo continente, abrió los ojos  
la musa americana,

miró su desnudez, ruborizóse,  
 y, cual Eva y Adán avergonzada,  
 quiso un traje tejer, no halló la tela  
 propicia en sus montañas  
 como ella fecundas y salvajes...  
 y envolvióse en banderas castellanas.  
 Españoles, mirad como se acerca...  
 ¡Cuál luce en su mirada  
 el amor a estos campos y a estas cumbres  
 que el sol alegre baña!  
 Oíd como responde a vuestros vitores  
 con sonrisas y besos a la Patria,  
 y ved como tremola,  
 con reflejos vivísimos de llama,  
 en sus manos la enseña de oro y sangre  
 por los rayos del sol iluminada.  
 Vedla. Llega. Ya está. La aérea tropa  
 detiénese, resuena un «¡Viva Español!»,  
 y entre cánticos de júbilo y de gloria  
 la musa americana  
 descende al fin de la triunfal carroza.  
 Bajo lluvia de flores se adelanta,  
 cesan los gritos, los aplausos cesan,  
 enmudecen las trompas, y así habla:

«Españoles: *América inocente*  
*virgen del mundo* me llamó Quintana;  
 nací como la aurora en el oriente,  
 entre nubes de ópalo y de grana;  
 la dulce libertad besó mi frente  
 y el sol de la mañana,  
 al lucir sobre el trópico, mi historia  
 escribió con un rayo de su gloria.

«*Un tiempo España fue*, y sus corceles  
 galoparon allá do el sol empieza.  
 Coronada de mirtos y laureles  
 al mundo erguía la imperial cabeza,  
 y rosas y claveles  
 Roma triunfante en su mayor alteza,  
 como premio a su esfuerzo soberano,  
 la brindaba en las sienas de Trajano.

Del oriente al poniente, por doquiera,  
el cetro de oro relucir se vía,  
y en todas partes la imperial bandera  
al impulso del viento se mecía.  
«¡España!» ¡oh, dulce voz! en su carrera  
el dorado Orinoco repetía  
y en Atlante y Pacífico las olas  
se rompían en quillas Españolas.

Cayó al fin, derribada su grandeza,  
rompióse el fuerte escudo,  
humillóse en el polvo su altiveza  
y vio, de asombro mudo,  
el Destino eclipsada la fiereza  
que un tiempo el galo domeñar no pudo.  
Mas Iberia no ha muerto todavía  
que aún en sus ojos resplandece el día.

Aún en occidente,  
al rayar de la lumbre matutina,  
saluda al sol la americana gente  
en la lengua española peregrina,  
y aún bajo la bóveda esplendente  
brotó, clara y divina,  
del dulce labio de la amante esposa  
el habla de Cervantes deliciosa.

Vuestras glorias, hispanos, son mis glorias;  
quiero honrar a Cervantes porque es mío,  
como son españolas mis victorias  
aunque vuestro no sea mi albedrío.  
En Iberia nacieron mis historias,  
y, aunque corra a la mar deshecho el río,  
las aguas unas son, una la fuente,  
y uno el limpio cristal de la corriente.

Del mar en la ribera  
adornada de conchas y corales,  
de la vida en la ardiente primavera  
desnudos mis encantos tropicales,  
cual los de Eva en la mansión primera,  
entre andinos condores y quetzales,  
Colón, a quien estaba prometida,  
una mañana me encontró dormida.

Andante soñador, aquel coloso  
armado en una venta caballero,  
a través del Atlante proceloso  
vino guiado hacia mí por un lucero.  
Rescatóme su brazo poderoso,  
rompió mis ligaduras con su acero,  
sacóme de las olas  
y envolvióme en banderas españolas.

Diome el uno existencia al darme historia,  
el otro me dio lengua y poesía,  
y, engendada en el seno de la Gloria,  
doró mi frente con su luz el día.  
Vengo a honrar de Cervantes la memoria  
con las perlas que el mar vencido cría,  
y con palmas y mirtos y laureles  
de mis propias montañas y vergeles».

Calla la musa y a la invicta tropa  
de olímpicas deidades, las tres Gracias,  
llevando una magnífica corona  
de oro, perlas y flores, se adelantan.  
Son de Chile y de Méjico las rosas,  
de Argentina los lirios y araucarias,  
de Cuba los claveles y jazmines,  
de Muzo y de Cozcués las esmeraldas,  
y los mirtos del triunfo y los laureles  
son de toda la tierra americana.  
Verdes ramos y cintas tricolores  
sujetan los laureles y las palmas  
y lucen entre perlas y zafiros,  
rosetones y lazos de oro y gualda.  
Se aproximan las tres, ciñen de lauros  
las sienas de Cervantes, a sus plantas  
la preciada corona depositan,  
vivas y aplausos por doquier estallan,  
y de nuevo la aérea muchedumbre  
dirigese al poniente, y carros y águilas  
y blancos palafrenes desaparecen  
en el cielo teñido de oro y plata.  
Pero aún se oye un cántico en la altura  
y una voz armoniosa y delicada

que dice, dominando los rumores  
del viento y el lejano batir de alas:

«¡Gloria, gloria a Cervantes en la tierra,  
y en el mar y en los cielos, gloria a España!»

Madrid, 1905



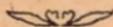
## ¡Tierra!

Es de noche, Colón sobre la prora  
del inquieto bajel, con la mirada  
intenta descubrir la tierra ansiada,  
ilusión de su mente soñadora.

Disípanse las sombras. De la Aurora  
surge el carro triunfal, y la alborada,  
al bañar la llanura dilatada,  
una tierra gentil alumbra y dora.

“¡Tierra!”, gritan. Colón alza la frente  
y surge de la nada un continente.  
Rompe el día en un cántico de gloria,  
treme el mundo, renuévase la Historia,  
y asombrado ve el piélago profundo  
de un demente a los pies nacer un mundo.

Barcelona, 1904



## Morazán

¿Y eres tú el que de lauros se cubría  
vencedor en cien campos de batalla,  
y entre nubes de pólvora y metralla  
el corcel, animoso, revolvió?

Me parece que escucho, patria mía,  
el airado clamor de la canalla,  
y en mis venas agítase y estalla  
la misma sangre que corrió aquel día.

¡Teneos, desgraciados! ¿Cómo el brazo  
movéis contra el poeta y el guerrero,  
al porvenir hiriendo de rechazo?

¡Ay, ya es tarde; ya vibra el grito fiero,  
la descarga fatal al punto suena,  
y un cadáver retuércese en la arenal

Madrid, 1905



## Al quetzal

Eres la libertad. En la montaña  
la brisa mueve tus brillantes plumas,  
donde acecha el jaguar, rugen los pumas,  
y el humo no se ve de una cabaña.

Cuando tú, sobre las cumbres que el sol baña  
o del Usamacinta entre las brumas,  
espanto de Ahizots y Moctezumas,  
erguían los quichés la frente hurafía.

¡Y eres libre! Cual simbolo guerrero  
un penacho corona tu cabeza,  
y a modo de pendón luce tu cola.  
El coraje te mata prisionero.  
Pareces, por tu olimpica altiveza,  
el ánima de Urraca<sup>(1)</sup> o de Ocoela,<sup>(2)</sup>  
en el cuerpo de pájaro infundida  
por alguna nerviosa sacudida  
de un volcán, de una nube o de una ola!

Madrid, 1905

(1) **Urraca**: Héroe de la independencia india en Costa Rica y Panamá (época de la conquista). Luchó once años contra Pizarro y otros capitanes españoles, con un puñado de aborígenes.

(2) **Ocoela**: Capitán general de los indios seminolas. Derrotó en varios encuentros a los ejércitos de los Estados Unidos. Víctima de la traición, cayó prisionero y fue fusilado en la Florida, mostrando al morir la fiera de su alma indomeñable.

## A Mercurio

¡Oh, tú, ligero dios; protege a España!  
Por todos los poetas maldecido,  
de Venus y Cupido  
los áureos templos levantarse miras  
al son melifluo de armoniosas liras,  
y tú habitas misérrima cabañal  
Cristalinas mansiones orientales,  
de roches de alabastro y pedrería,  
donde alegres y límpidos raudales  
derraman en Alhambbras celestiales  
de sus aguas la fluida argentería;  
palacios al amor y a la poesía  
elévanse doquiera,  
y tú, ligero Dios, Mercurio alado,  
protector de la esfera,  
no tienes una lira que te cante  
ni una musa que al cielo te levante.

No así los trovadores  
de Grecia, Roma, Tiro y Palestina  
desdeñaron tu voz, y en los jardines  
ensayaba la cítara divina  
en tu honor sus arpegios seductores.  
Tú cubrías de rosas y jazmines  
y de perlas, rubíes y zafiros  
los temples de Atenas y de Sciros;  
tú, de mármoles, jazpes y corales  
en Salem, con tus manos celestiales,  
adornaste la casa del Señor;  
tú llevabas a Grecia y a Palmira  
las telas de Bagdad y Cachemira,  
y al compás de las guzlas y atabales  
y címbalos y dulces caramillos,  
mil poetas danzaban en tu honor.  
Entre enjambres de alegres diocesillos,  
la época llegada de tus fiestas,  
en las griegas florestas  
Pan tus glorias y triunfos celebraba  
y el dios Baco en tu honor se emborrachaba.

¡Oh, tú, sostenedor de nuestra vida;  
de Ceres y Minerva compañero,  
que recorres triunfante el mundo entero  
en pos de la riqueza no sabida;  
gran padre de la industria, en tus altares  
entone el rubio Apolo sus cantares.  
Tú que pueblas de gente la montaña  
y de quillas los mares;  
tú que al trópico ardiente  
ricas telas envías y de oriente  
regresas en aligeros vapores  
de especies aromáticas cargados  
y de ricas maderas y licores;  
tú, benévolo dios, protege a Español  
Tú que emigras a América y de vino  
y de aceite nos llenas los mercados,  
y te llevas, en cambio el nectarino  
cacao y el café, la dulce caña,  
el tabaco y la piña; tú, divino  
comerciante que triunfas por doquiera,  
que riges de las naves la carrera  
y en palacio conviertes la cabaña,  
escucha a los que lloran  
la caída de Iberia;  
escucha a los humildes que te imploran  
y transforma en salud esta miseria.  
Ven, odiado Mercurio, y salva a Español

A las plantas de Venus Afrodita  
rodeada de impúdicas bacantes,  
desnuda y lujuriosa  
una turba de sátiros se agita,  
y, estúpidos danzantes,  
coronados de flores,  
en torno de la diosa  
ebrios ruedan los dulces trovadores.

Así en oriente un día  
concertóse un torneo de belleza,  
honor y poderío entre las diosas,  
y Paris, desdeñando la altiveza  
de Juno y de Minerva la hermosura  
y gran sabiduría,  
premio con las famosas

manzanas al amor y a la locura,  
 a Venus, el escándalo y la orgía.  
 Y Troya, a los placeres entregada,  
 fué por Juno y Minerva derribada.

La frente soñadora Apolo inclina  
 entre rotas columnas, se lamenta  
 y en tonos elegíacos comenta  
 de las nuevas Itálicas la ruina.  
 Él las bélicas trompas alentaba  
 de los hijos de Marte,  
 de Belona los triunfos ensalzaba  
 y en torno del ibérico estandarte  
 a sus hijos los bardos, congregaba.  
 Él cantó de Afrodita la belleza  
 y en sangriento epigrama y cruel estrofa  
 de Mercurio hizo mofa.  
 Él cantando la hispánica fiereza,  
 en el mar apartado filipino,  
 el laurel anegó de tanta gloria  
 y borró de la Historia  
 "el cetro de oro y el blasón divino."  
 Él sus culpas hoy llora  
 y en acentos magníficos implora  
 compasión de Minerva. El dios alado  
 suspende un punto su veloz carrera  
 y el grato acento de la lira espera.

"¡Oh, Mercurio y Minerva! exclama Apolo-  
 ¡cuán robusto y soberbio se extendía  
 de un polo al otro polo  
 el imperio del César! ¡Cuán gloriosa  
 sobre el muro de Túnez la famosa  
 la bandera de Carlos se mecía!

¡Con qué asombro la vi cruzar los mares  
 y posarse en las vírgenes montañas  
 do tenían los indios sus cabañas  
 y sus lechos de sangre los jaguares!  
 La corona que nunca soñó Ciro  
 ¡oh, cielos! ¿Dónde está? Por qué la miro  
 en cien menudos trozos dividida,  
 ¡ay! por siempre manchada, envilecida?  
 ¡Infelice de mí! ¡De aquesta ruina

causa no fue la voluntad divina  
 que palacios y templos desmorona  
 y trueca en puñado de basura  
 la frente que ciñó triunfal corona:  
 ¡ay, fue mi insensatez, fue mi locural  
 ¡Oh, Palas, a quien Júpiter inspira,  
 y tú, benigno dios! Si de mi lira  
 el dulce són a conmoveiros llega,  
 no neguéis a este pueblo desdichado  
 el socorro anhelado  
 que mi espantosa ineptitud le niega.  
 Sombra es de aquél que con osada prora  
 la mar surcó donde fenece el día  
 y resurge más vívida la aurora.  
 Derramad en sus venas energía  
 y que mañana vea  
 don Quijote en la sierra, entre el estruendo  
 de cajas y trompetas,  
 asomar al buen Sancho conduciendo,  
 en medio de una corte de poetas,  
 el blanco palafrén de Dulcinea.“

En tanto que se tiñe el occidente  
 de fúlgidos colores,  
 Apolo, de las musas rodeado,  
 al llegar a las lindes del poniente,  
 vuelve, en medio de un mar de resplandores,  
 a Mercurio y Minerva el rostro amado,  
 y así exclama: “En riquísimos plantíos,  
 ¡oh, Mercurio! las márgenes convierte  
 silenciosas y tristes de los ríos.  
 Resuenen las estériles llanuras,  
 hoy estepas sin fin, campos de muerte,  
 al alegre rumor de las aceñas.  
 Haz yergel la región donde las peñas  
 se agrupan como túmulos sombríos  
 que cubre con sus pardas vestiduras  
 la hiedra melancólica y hurafía.  
 Y tú, noble Atenea, salva a Español

Madrid, 1905



## Serenata

Vengo a cumplirte, mi vida,  
lo que anoche te ofrecí,  
cuando a la reja florida  
con ambas manos asida,  
al fin me distes el "sí".

¡Que no hay, morena, más gloria  
que verte a requebrar!  
Abran otros su memoria  
a las artes, a la historia...  
¡Yo sólo quiero "jalar!"<sup>(1)</sup>

"Jalemos", niña, "jalemos",  
mientras dure la ilusión,  
y cuando, al fin nos cansemos,  
dejemos, niña, dejemos,  
el cordelillo de amor.

Soy el Tenorio inocente  
que a nadie roba el honor,  
la mariposa luciente  
que bebe el néctar ardiente  
y deja intacta la flor.

Una lágrima furtiva,  
una mirada de amor,  
un beso en la frente altiva  
o en la mano fugitiva  
son mi dulzura mayor.

(1) "Jalar" y "dar cuerda" por "enamorar" es una expresión muy usada en Costa Rica. La "h" del verbo "halar" (c) cual significa tirar de algo, p. ej. de una cuerda, en este caso) se suele aspirar allí, como antiguamente, dándosele el sonido fuerte de la "j". El verbo "halar", así modificado, suple, en dicha República, al verbo "cortejar", por lo cual "jaleo" viene a tener la acepción de "pasatiempo amoroso".

Andar siempre de puntillas  
por prudencia o por temor,  
decir cuatro palabrillas  
y encender en tus mejillas  
los claveles del pudor...

¡Es mi ensueño, mi locura!  
¡Es la gracia del "jalar!"  
¡Es sentir la dicha pura,  
beber chorros de dulzura  
respetando el manantial!

Cuando tú de mí te hartes,  
o yo me canse de ti,  
aun quedan, niña, otras partes,  
que tretas y malas artes  
recorren todo un jardín.

"Cuerda" dame por ahora  
para que pueda "jalar",  
que desde aquí hasta la aurora  
hay mucha cuerda, señora,  
mucha cuerda por soltar.

Mas ve con tiento, morena,  
y no la estires sin ver  
que ya se atiranta y suena...  
Está de añadidos llena  
y se nos puede romper.

La noche respira amores,  
tranquilidad y alegría:  
Reina eres tú de las flores,  
¡y hay en tus ojos fulgores  
de extraña melancolía...!

"¡Jalemos", niña, "¡jalemos",  
mientras dure la ilusión,  
y, cuando al fin nos cansemos,  
dejemos, niña dejemos,  
el corlerillo de amor.

Baltimore, Julio de 1908

## María Magdalena

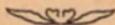
Bañado por las lágrimas el seno,  
presentóse la bella pecadora,  
con sus ojos de ensueño, encantadora,  
y sus labios de miel y de veneno.

Y aquel lirio de Sion de aromas lleno,  
nacido en los jardines de la Aurora,  
inclinó la cabeza soñadora  
ante el dulce y sublime nazareno.

Y mojó con su llanto la ramera  
los pies del Salvador, y humildemente  
los secó con su hermosa cabellera

Y el santo de Salem alzó la frente  
y dijo con faz dulce y suave tono:  
"Levántate, mujer; yo te perdono".

Madrid, 1905



## Trompetas y Liras

(De V. Hugo)

Desafiando la cólera divina  
mostraba Jericó sus altos muros,  
guarnecidos los puestos inseguros  
por soberbia cohorte paladina.

El pueblo más viril de Palestina  
contestaba con cánticos impuros  
y burlas a los rezos y conjuros  
de aquella gente, al parecer mezquina.

A la séptima vuelta, los Profetas  
demandaron la cólera del cielo.  
Burláronse. Vibraron las trompetas  
y la altiva muralla vino al suelo.  
¡Que destruya la cítara, poetas,  
las Bastillas de tanto tiranuelo!

Madrid, 1905

